

Roberto Arlt

**AGUAFUERTES AFRICANAS**



## Marruecos, Tánger

El martirologio del turista en Tánger comienza a llegar al puerto. Una cáfila de moros descalzos, negros, rapados, ancianos, niños con collares de roña en torno del cogote, se precipita sobre las maletas con tal furor, que el viajero se ve obligado a solicitar la ayuda de la policía indígena para que no le arranquen los bultos de las manos o le revienten las maletas, precipitando su contenido al malecón.

Se pone a salvo de estos bandidos trepando a un coche. El coche ofrece características carnavalescas. O va cubierto de un toldo rosa o con un paraguas, y lleva además, bocina de automóvil. Al lado del cochero se instalan uno o dos moros, sus amigos, mientras trepados a los estribos, jóvenes de color, corredores de hoteles, refriegan por las narices del visitante las tarjetas de los hospedajes, pensiones y fondas.

Una vez instalados los bártulos en el hotel, el viajero, como es natural, hambriento de paisajes nuevos, se lanza a la calle. Y aquí su situación ofrece un solo símil posible: el de la liebre acosada por una trailla de podencos. En cuanto el desdichado pone un pie en la calle, una brigada de guías moros que guarda su salida, se precipitan sobre él, ofreciéndole sus servicios, exhibiendo sus chapas de cobre, para demostrarle al pasajero que ellos no son asaltantes, sino guías.

Inútil es que el extranjero menee la cabeza. Los forajidos de chilaba y fez marchan imperturbables tras él, disputándose entre sí, la piel del oso, es decir, la propina que esperan recibir de la víctima que escoltan, señalándose cada uno por su cuenta, entradas de calles y parajes curiosos.

Ingenuamente ¡oh candor occidental!, ignorante de la paciencia y tenacidad oriental, el viajero y sus siete mil sombras, se ubica en una mesa de café, pensando: “se marcharán”, pero no ha terminado de pedirle al mozo lo que va a beber, cuando caen sobre él, semejante a una nube de langostas, los vendedores de baratijas.

Cualquiera diría que hay un convenio entre los guías y estos otros bandoleros. Primero son los vendedores de babuchas, pero no uno, ni tres, sino cinco, diez, quince, desfilando sin interrupción, procediendo como si no estuvieran enterados de que el desconocido no quiere babuchas ni para caminar sobre una plancha de hierro candente; después, los fabricantes de

guitarras árabes, una concha de tortuga con un mástil que es un palo de escoba. Para que el forastero no dude de la sonoridad del instrumento, rasgan las tensas cuerdas; después, los vendedores de carteras, ilustradas con paisajes árabes y que se fabrican en Barcelona y que al turista se la pasan como confeccionadas en el país; después, los mercaderes de alfombras, de panderos, de anillos contra el mal de ojo, de platos de cobre, de cojines de cuero.

Toda esta canalla, persistente, pegajosa, hediendo a manteca rancia, forma un círculo implacable, en torno de la mesa del turista. Psicólogos profundos, proceden contra el forastero por el procedimiento del agotamiento, pues en cuanto uno de ellos se marcha, otro ocupa su lugar, y así, durante horas y horas.

¿Qué se ha hecho de los guías? ¿Se han marchado? No.

Ellos esperan. Levanta usted la mirada de su diario, el mejor procedimiento para sacarse de encima a los vendedores de baratijas, y allí, ubicado uno tras de una columna, otro bajo un arco, y el tercero en una bocacalle, aguardan.

Se marcha usted a almorzar. Vuelve al café. Pues allí están los guías. Esperándole. Silenciosos. Echa a caminar, ellos atrás, ofreciéndosele:

—Fuera —grita usted rabioso, y los hombres, correctos, sonríen, una genuflexión, y se marchan. Usted se cree por fin solo; a las tres cuerdas, nuevamente los fulanos que brotan de un embrollado laberinto de callejuelas y que le sonríen y saludan haciéndose los encontradizos, como si terminaran de verle.

Se mete usted al café. “Se han marchado”, piensa usted, respirando, pero no, allí queda uno, inmóvil junto a una columna, contemplándole como un gato mira a un pescado. Al verse descubierto, el guía os saluda llevándose la mano a los labios, con la mayor frescura del mundo se acerca a vuestra mesa y muy cortésmente os pregunta:

—¿Cómo estar usted, señor? Muy bonito esto. ¿Gusta usted?

Uno no sabe si echarse a reír o emprenderla a puntapiés con un hombre tan perfectamente educado. Respondo entre dientes, y el árabe, atento:

—Yo llevar a ver palacio Muley Hafid, el Marchan, mezquita Muley Idris.

—Quiero que me dejen tranquilo.

—Bien, señor, adiós.

Y el guía desaparece bajo un arco. Usted paladea su café, y al cuarto de hora, nuevamente, siente la presión de una mirada, gira la vista, y allí, con

el perfil junto a una columna, inmóvil bajo su chilaba celeste, está él, esperando a que la paciencia se os acabe.

Dos días dura este trabajo. Al tercero si habéis resistido, el guía pasa a vuestro lado, os saluda atentamente, pero no se detiene. Sabe que no estáis dispuesto a dejaros robar. Además, han llegado otros barcos con turistas, y no están ellos para perder su tiempo. Y a su vez, uno se regocija contemplando a los flamantes recién llegados, víctimas de los trabajos por los cuales uno ha pasado, porque estos mercaderes tienen una memoria tan prodigiosa que ni por equivocación se aproximan a uno al tercer día de radicarse en Tánger.

Lo estupendo es el espectáculo que ofrecen los turistas, al caer la tarde y de vuelta de sus excursiones, acompañados por los moros. Los polizontes se vuelven locos para arreglar las diferencias que se promueven entre los occidentales que se saben robados y disputan agriamente y los moros, que hacen valer tarifas fantásticas y extras insospechados. El saqueo es total. Una botella de cerveza le cuesta al forastero que se marcha en el día, en el Zoco Chico, 15 francos. Los vigilantes le dan razón a los nativos. Es inútil que el turista de paso proteste. Las que más padecen son las señoras. Cuando ven a sus maridos vaciar la cartera, se aprietan acongojadas los bolsos contra el pecho. Y uno que ha pasado por ello, contemplando el espectáculo, se ríe, divertido.

Por la empinada calle de la secta de los Siagins se llega al Zoco Grande, mercado de los campesinos de las cabilas que viven en las montañas de Tánger.

Descaradamente me instalo en el cajón de un mercader, entre un círculo de moras, y desde allí semejante a un rey mago, me dedico a observar el trajín del mercado. Se encuentra instalado en un pentágono pavimentado, con grandes árboles. Los traficantes depositan sus legumbres, cacharros, arneses y flores en el suelo. Cuando uno camina tiene que cuidar de no aplastar las cabezas de ajos, las patatas pequeñas, los manojos de hierbas y los discos de huevos.

Las campesinas se cubren con anchos y campanudos sombreros de esterilla, cuyas alas, para que no les caigan sobre las mejillas, se sostienen mediante cordones de algodón negro o azul, amarrados a la copa del sombrero. Usan pantalones color rosa o verde, ajustados al tobillo. Casi todas van descalzas; algunas jovencitas tienen las uñas de los pies pintadas de rojo, y a lo largo de la pierna, tatuajes de un celeste muerto, rayas dentadas, lunas, estrellas, la rosa de los vientos. Se envuelven el cuerpo en una saya abierta,

rayada verticalmente con listas bermejas y blancas, son raras las que no se adornan con ajorcas de plata, pulsera y largos pendientes. Las campesinas más pobres llevan pantalón únicamente hasta las rodillas, el resto de la pierna lo envuelven en cueros pelados de oveja. Las madres de niños muy pequeños llevan sus infantes enfardelados a la espalda. Cuando los pequeños plañen lo amamantan. A pesar de su fealdad, se cubren el rostro sobre la frente y la nariz, de modo que apenas son visibles de ellas los ojos, o un solo ojo. Los gandules de sus maridos, recostados en el suelo, fuman o charlan; por excepción trabajan: con la cabeza liada en un turbante y las velludas patas desnudas, aderezan ramos de rosas repolludas, mazos de azucenas, manojos de claveles.

Una muchedumbre de nativos y extranjeros pululan en este muladar. Negras inmensas, apoyándose en largos bastones, con collares de coral hasta el ombligo; viejos que venden escudillas de leche, desarrapados con andrajosas chilabas color de barro, llagas en los tobillos, cráneo rapado; esclavos con casquetes de algodón Y enormes espuertas. Hay europeas que vienen a hacer compras, seguidas de moritos enfáticos, descalzos, con pantalones bombacha recamados de oro; inglesas de traje sastre, cocotas francesas, tremendamente escotadas. Las flores forman trincheras, las campesinas se inclinan hacia los caminantes ofreciéndoles pepinos y pequeños huevos marroquíes.

El agua encharca el pavimento. Bajo las ramosas cúpulas, los mercaderes, de turbante, juegan con piedritas o monedas. Algunos se lavan los pies en la plaza pública, otros se cubren las llagas de las piernas con emplastos de yerbas y ceniza, y una pestilencia de pimienta, manteca rancia y pescados flota por donde se va.

Me entretengo en flirtear con las moritas, por excepción bonitas. Cuando reparan que uno las mira, vuelven la cara fingiendo enojo, dejan pasar un minuto, luego lentamente giran la cabeza y espían, y si nuevamente encuentran la mirada del extranjero, simulan irritarse, tapándose el rostro con el embozo. Así otro minuto, luego se descubren lentamente y se echan a reír mostrando hileras de dientes brillantes. Son pequeños animalitos.

Yo las saludo al modo oriental, llevándome los dedos al corazón, a los labios y a la frente. El gesto las hace chillar de alegría.

Gozo y paladeo el espesor de esta atmósfera tosca y brutal. Me acerco a las campesinas jóvenes con críos en los brazos, las hay muy bonitas; les juego a los parvulillos con los dedos, y las pobres mujeres me miran extáticas, arrobadas.

En el Zoco Grande se encuentran los puestos de los aceiteros, cerrajeros, cambistas. Los cambistas son casi todos judíos. Tienen sus mesitas colocadas a lo largo de las murallas, las monedas francesas, árabes y españolas forman pilas de discos. Las monedas árabes son curiosas, con relieves simétricos, triangulares, pentagonales, inscripciones más seductoras que encajes y guardas.

A pocos pasos de allí, trafican los montañeses, ante cuyas esteras los terrones de sal forman pequeñas pirámides deslumbrantes de blancura; los cordeleros con mazos de sogas de paja trenzada; los alfareros que venden anchos platos, como ruedas, de arcilla roja.

En torno del zoco hay cafés, cuchitriles en cuyo interior un esclavo negro vigila una tinaja de cobre donde hierve el agua para el té moruno. En las puertas y a lo largo de los muros encalados, se extienden las mesonas pintadas de rojo. Los campesinos toman vasos de té verde, con hojas de menta y cedrón; otros juegan a los naipes o con discos de lata. Los más ancianos chupan sus largas pipas o repasan un rosario musulmán de cuentas gordas.

Las mujeres trazan conjuntos abigarrados, bultos blancos, las formas femeninas desaparecen bajo los enormes ropones que deforman los pechos, los brazos, la cabeza, casi todas ellas están prodigiosamente envejecidas.

El sol centellea en los charcos de agua, los perfumes de las flores fermentan, los gatos pasan por las orillas de los puestos con el rabo tieso; los negros se escarban la nariz; los carabineros indígenas, de bombacha azul y casaca roja, desfilan arrastrando el sable: los burros marroquíes, casi tan pequeños como perros de Terranova, rebuznan prodigiosamente, y la única forma limpia, pura y simétrica, es la torre de la mezquita, rectangular, recortando el cielo con sus aristas agudas y planos revestidos de mosaicos pentagonales blancos y negros.

Pero ningún muecín canta la hora en ella...

Cuando me fatigo del espectáculo, vuelvo al Zoco Chico, un patio de calle, bloqueado por cuatro fachadas. Cafés, con techos sobre la vereda. Sillones de paja. Pasan viejos con perfiles de cabras y chilaba de chocolate, esa vestidura parecida al hábito de un monje, que llega hasta los pies, todos ellos descalzos, con los pies metidos en sandalias de cuero de cabra, amarillo; otros, en vez del fez rojo, usan un turbante color de oro, moteado de guisantes escarlatas; pasan desarrapados prodigiosos, con bombachas hasta las rodillas, las pantorras peludas, un campanudo sombrero de paja alquitranado por fuera; pasan negros de *smoking* y monóculos, y acompañados de cocotas que llevan un perrito indecente; un chico se me acerca y me dice:

“Ven conmigo que te llevaré a una casa de muchachas bonitas”. Desfilan mandaderos de cabeza amelonada, bombachas verdes, casacas rosas y sobre la cabeza una tabla cargada de panes redondos; desfilan turcos con bombachas hasta la rodilla, festoneadas de franjas de oro, cabeza rapada bajo el fez morado; pasa un carabinero negro, tripudo, inmenso, la cara más vasta que una sopera de carbón; tras él, fino, amarillo, un funcionario árabe, barba en punta, con turbante blanco arrollado a la cabeza, y el turbante rematado por una calabaza de terciopelo escarlata en la que tiembla una larga pluma violeta, y si aparto la mirada de allí, tropiezo con grupos de moras embozadas en sus vestiduras, más cubiertas que monjas, con el rostro hasta la mitad de la nariz oculto por una venda de lino y los pies desnudos, calzados en babuchas escarlatas, floreadas de recamaduras de oro. Esta unanimidad de colores violetas, té, café con leche, cacao, bronce, plata, va y bien; uno llora por dentro de no tener ojos en las sienas, en la nuca; dan ganas de correr tras ellos para decirles que vuelvan a pasar, y ya es un cargador del puerto, con la chilaba andrajosa que le deja las piernas desnudas y una panza enorme, ya son hombres siniestros como Boris Karloff en su caracterización de La Momia, tiesos, espectrales, picados de viruelas, con una nube en el ojo; otros, en cambio, tienen una altura de gigantes y son panzudos, caderudos, se balancean como paquidermos bajo sus largas vestiduras, marchan seguidos de párvulos vestidos de verde rabioso, que hacen chillar sus pájaros de marfil; algunos van acompañados de una cocota francesa, desnuda bajo un vestido de seda trasparente; dos granujas extienden ante un matrimonio inglés una alfombra de diez metros de largo, oro y azul, y hay que apretar los dientes para no gritar de admiración; dos perros que dormitaban se despabilan y corren a oler la alfombra, un chico negro, belfudo, con las manos cubiertas de cicatrices de quemaduras, ofrece ramos de rosas bermejas; pasan varoncitos con chilaba violeta y a un costado de la cabeza, casi junto a la oreja, una sola trenza larga que les cae sobre el hombro; un anfibio me ronda, restregándose los labios con la lengua y haciéndome guiños indecentes; estamos en Tánger, señores. Tánger, codiciada por las potencias, donde conviven fraternalmente los vicios más extraordinarios, aquí todo está permitido; pasa un viejo gordo, barba en punta, apoyado dulcemente en un mancebo fino como una señorita, con el fez coquetonamente inclinado, la mirada de gacela; pasa una norteamericana rubia, con pantalón gris y fumando un cigarro de papel achocolatado...



## El narrador de cuentos

Toda la piojosería de Tánger forma círculo en cuclillas, a espaldas de unos andamios, en el Zoco Grande. Escucha al *xej-el-clam*, o sea, el narrador de cuentos. Caras redondas color aceituna, barbas en collar y en triángulo, viejos de pantorrillas desnudas y delgadas, freidores de pescado con babuchas color limón, negros esclavos sudaneses, con la mota cubierta de una redecilla de conchas blancas y caracoles verdes, y una melena de abalorios violeta sobre el cogote. Trozos de tahona con los hombros desnudos y los brazos enharinados, mandaderos de carnicería con un delantal que se mete por la cabeza y piernas sonrosadas, faquines de carbón con narices de caballo y una lana amarilla por barba, niños de chocolate que sonríen con dulzura de gacelas entornando tímidamente ojos de bueyes, turcos blancos, gordotes, mejillas como bifés, barba lacia en collar y fez escarlata ladeado sobre la cabeza rapada, moros andaluces, de bronce, finos y tiesos junto a los troncos de los árboles, hebreos que mascan trozos de madera y escupen las astillas, vendedores de flores con un ramo de rosas aplastado sobre la cabeza, rifeños campesinos, envueltos en chilabas vastas y enormes, cortadores de babuchas, tejedoras de cestos de caña, cosechadores de *leben* embozados totalmente en su lana blanca, cargadores de agua, con un odre de pelo lacio colgado al flanco.

Viejos con turbante blanco rematado en una calabaza roja, fumando largas pipas de hornillo corto. Toda esta multitud de narices vastas, de frentes estrechas, con fachas de bandidos, forman un círculo en el suelo de piedra. Mantienen las piernas cruzadas, mostrando la planta del pie calloso. Algunos se acarician dulcemente los de dos de los pies, otros revientan piojos en el canto de las piedras. Me abro paso entre esta multitud musulmana y me siento en cuclillas, en el suelo a semejanza de ellos. Les agrada y sonríen cuando les fotografío.

En medio de este círculo de piedra, está el narrador de cuentos, el *xej-el-clam*, descalzo, con los pies hinchados por tumores lívidos, una chilaba negra caída sobre los hombros, rostro mongólico fino color tabaco, con un musgo de barba blanca en el mentón y vivaces ojos oblicuos. En una mano soporta una vara y en otra un florero de cartón con fondo de cuero. Es el *tam-tam*.

Narra un cuento en idioma árabe. Pronuncia media docena de palabras y nuevamente golpea tres veces el fondo del tam-tam. Pronuncia otras seis palabras y nuevamente golpea con los dedos tiosos el fondo de cuero de piedra. Los espectadores vuelven los ojosa ese punto y menean la cabeza afirmativamente como si vieran allí algo que confirma las palabras del narrador. El *xej* separa el bastón del suelo y se queda contemplándolos a todos en silencio, increpa el espacio, protesta con movimientos de cabeza y golpes del pie desnudo en el suelo; vertiginosamente su mano se extiende al cielo, pronuncia unas palabras y rápidamente todos los espectadores se llevan los dedos de la mano derecha a los labios y a la frente. Ha pronunciado el nombre de Dios. Nuevamente el *xej-el-clam* golpea con sus dedos callosos el tam-tam; silencio, pero ahora el narrador habla en voz baja, debe reproducir un diálogo al oído de alguien. Los viejos insensiblemente dejan apagar sus pipas, los niños entreabren los belfos infectos, dejan de rascarse; todos mueven la cabeza asistiendo a esa voz que murmura quedo, mientras que los párvulos se dan con el codo, asombrados, como diciéndose: “Quién iba a predecir semejante complicación”.

De pronto el narrador levanta la voz, pronuncia tres palabras y todos estallan en carcajadas. Algo aquí ha ocurrido; el *xej* se encorva, su cara se llena de terror, su palo se mueve en el aire. Evidentemente está combatiendo con un espíritu invisible; todos contemplan espantados al enemigo con el cual batalla el narrador. De pronto el *xej* lanza un grito, levanta las manos al cielo; nuevamente pronuncia el nombre del Clemente, el Misericordioso; los dedos de la multitud vuelan de los labios a la frente, todos se quitan el gorro, vitorean el triunfo de Alá y su Profeta. Los viejos sonríen satisfechos; el narrador se frota la frente con la manga negra de su chilaba. Y señala a lo lejos. La multitud vuelve la cabeza para mirar huir al enemigo; el *xej* se sienta en cuclillas; para despabilar al auditorio arranca un redoble sordo del tambor, y luego extiende las manos.

Rebotan las monedas de cobre en las piedras. Desarrapados que no tienen ni para comer, le arrojan su óbolo; los chicos de tahona, los freidores de pescado, los mandaderos, se rascan los bolsillos; los vendedores de agua registran sus harapos; el narrador examina las monedas a sus pies y señalándolas con la punta del bastón, oblicuando los ojos, se niega a recogerlas. Son pocas. Para reiterar su disconformidad se cubre la cabeza con el capuchón de la chilaba. Nuevamente los desarrapados se registran los bolsillos, un chico sordo con gorro cónico de lana, rapado, arroja dos cobres más, un jorobadito, penosamente se desprende de su moneda; el *xej* no se digna

mirar, permanece un rato cubierto; el círculo de miserables le contempla afectado. El narrador se destapa, mira las monedas, se pone tieso como un resorte, lleva las manos al pecho, luego señala al cielo celeste y nombra al Clemente. Prestamente todas las manos se detienen en los labios y en la frente; los espectadores se raspan los bolsillos; los esclavos negros hurgan en sus harapos. Un viejo abre su monedero. Yo arrojé mi cuarta moneda, pero de placa esta vez. El *xej-el-clam* me señala con su bastón, me propone como un ejemplo que debe avergonzar a los buenos musulmanes; todos me miran y otra lluvia de cobres rebota en el pavimento.

El sol, tamizado por los sarmientos de una vid, deja en el suelo recortadas manchas de tinta china, y uno, a pesar de la mugre, de los parásitos y del hedor, está bien..., respira... Es como si encontrara en un sanatorio de bestialidad profunda que le curara de esa larga y terrible enfermedad que se llama civilización.

El narrador, grave, se inclina hacia el suelo y comienza a narrar entre las carcajadas del auditorio anécdotas de Yeha. Yeha es a las tradiciones musulmanas, lo que Bertoldo a las licenciosas anécdotas de la vida popular italiana, Gedeón a la española y Franz y Fritz a la alemana.

Los relatos que se atribuyen al *xej-el-clam* están coloreados por ingenuidad, furbería, astucia, tontería y viveza. Está escrito: las tradiciones orales populares enriquecen, a través de los siglos, el tuétano de sus héroes. Yeha es a veces santo; otras, truhan; su personalidad oscila entre la simpleza y la genialidad, su nombre hace aflorar la sonrisa a los labios de los musulmanes. Se supone que vivió durante el año 636 de la Hégira, y sus relatos, han sido recopilados por folkloristas españoles, ingleses y alemanes. Los relatos engarzan las más variadas muestras del ingenio popular musulmán, encarnado en la figura del *xej-el-clam*, del que se cuenta que su gran turbante arrollado en torno de su cabeza era tan grande como una rueda de molino. Algunas historias que se le atribuyen, son extraordinarias. Demuestran una viveza y penetración, así como un sentido común, excepcionalmente raro.

Yeha va al mercado, compra tres libras de carne y se las entrega a su mujer. Esta, reuniéndose con varias amigas, cocina la carne y en alegre franchachela, no deja un solo trozo. Por la noche, cuando llega Yeha, la taimada exclama:

—¡Oh, esposo mío, ha ocurrido una gran desgracia! El gato se ha comido las tres libras de carne.

Yeha medita un instante, luego coge una balanza, pesa al michino y exclama:

—Oh maldita parlanchina. El gato pesa tres libras, y si el gato se ha comido tres libras de carne, ¿dónde está el gato, y si este es el gato, dónde está la carne?

Yeha, de acuerdo al rito musulmán se casa con una mujer a la cual no conoce, y que le resulta muy fea. Pasada la noche del matrimonio, el esperpento, le dice coqueteando:

—Mi querido esposo, te agradeceré me digas a cuál de tus parientes varones, puedo enseñarle mi rostro.

Yeha vuelve la cara con desagrado, y exclama:

—Con tal que no me la muestres a mí, enséñaselo a quien quieras.

A los quince días de este desgraciado matrimonio, la mujer de Yeha da a luz. Yeha recibe la noticia estupefacto, la mujer, apelando a raros razonamientos, le explica el prodigio: posiblemente es aquel milagro del cielo, el niño debe estar predestinado a maravillosas empresas. Yeha escucha atentamente, y al día siguiente se presenta en su casa con un esclavo cargado de todos los útiles de enseñanza escolar.

—¿Y para qué has traído esto, Yeha? —le pregunta la mujer.

Yeha responde:

—Pues por la rapidez con que este niño se ha gestado, no queda duda que para pasado mañana estará suficientemente desarrollado como para ir a la escuela.

¡Las ingenuidades de Yeha!

Contaba un respetable creyente ante un grupo de amigos que él acababa de llegar de una ciudad africana en la cual hombres y mujeres vivían totalmente desnudos, y Yeha que escuchaba atentamente al narrador, exclamó:

—Esto sí que es extraordinario. Tú debes ser un hombre mentiroso. Si dices que hombres y mujeres no van vestidos, ¿cómo has hecho para distinguir a unos de otros?

Otra vez, un excelente musulmán, encarecía lo saludable que era interrumpir el sueño para pasarse un rato mirando las estrellas y Yeha, que le escuchaba, le interrumpió para decir:

—Si esa costumbre es saludable, yo no me moriré nunca, porque desde pequeño me levanto para hacer mis necesidades y me vuelvo a acostar.

A Tamerlán, que conocía la reputación de Yeha, le agradaba tenerle a su lado. Una vez, encontrándose el déspota con el *xej* en el baño, pregunto Tamerlán:

—Si a mí me vendieran como esclavo en el mercado, ¿qué calculas tú que pagarían por mi cuerpo?